

sus tormentos y aflicciones, que podreis comprender en cuanto os permita vuestro limitado entendimiento, teniendo presentes las cuartas palabras del Salvador: *Deus meus, Deus meus, ¿ut quid dereliquisti mihi?* Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?

QUINTA PALABRA.

Postea sciens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.

Después de esto, sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Sed tengo.

Joan. cap. XIX. v. 28.

Si consideramos uno por uno los tormentos que en este dia hubo de padecer el Redentor de nuestras almas, la noche fatigosa que habia pasado, lo que le habian hecho correr sus inícuos acusadores de tribunal en tribunal, sus grandes caídas cuando llevaba sobre sus hombros la Cruz; y si en suma le consideramos en el sagrado leño, desnudo y espuesto á los rayos del sol, no estrañaremos que le afligiese la sed corporal. No se quejó de sus tormentos y sí de la sed; pues qué, ¿le era mas aflictiva la sed que la crucifixión? Oid, hermanos míos, las palabras del Evangelista: *Postea sciens Jesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.* Después de esto sabiendo Jesus que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura dijo: «Sed tengo.» Porque en efecto, nada habia de quedar por

cumplir de cuanto estaba profetizado atento á la pasión y muerte de Jesucristo, y el profeta coronado habia dicho: «En mi sed me dieron á beber vinagre (1).» ¡Cuántos misterios!... Jesucristo veia que ya se habia consumado en su persona cuanto anunciaba la Escritura, y que solo faltaban por cumplirse las dichas palabras del Profeta, y por esto no se queja, sino que únicamente manifiesta la sed que le devora. *Sitio*, sed tengo. Estas palabras del Salvador fueron pronunciadas inmediatamente despues de la cuarta, en la que se quejaba de su Eterno Padre por el abandono en que le habia dejado. Burlábanse por lo tanto en aquellos momentos los soldados romanos, creyendo, como ya dijimos, que el Señor llamaba en su socorro á Elías, y cuando estaban en lo mejor de su mofa, oyeron de nuevo la voz del Nazareno: *Sitio*, sed tengo. Como quiera que hubiese allí un vaso de vinagre, ellos mojaron una esponja, y poniéndola al rededor de un hisopo se la aplicaron á la boca, y decian despues: esperad y veremos si en efecto viene Elías á librarlo.

Permitidme, afligidos oyentes, que ahora haga yo una digresion para dirigirme á la Madre de Jesus, que ya es nuestra Madre, y de quien no podemos desentendernos al hablar de los padecimientos de su divino Hijo. Decidme, pues, purísima María, cuál fué la espada de dolor que atravesó vuestro maternal corazón, al oír la necesidad del Salvador, y cuando visteis el remedio que le prodigaron. *Sitio*. ¡Ah! ¡Qué no hubiérais dado por tener allí un vaso de agua y haber podido subir á lo alto de la Cruz para aplacar su sed!

(1) Et dederunt in escam meam fel; et in siti mea potaverunt me aceto. Ps. LXXIII, v. 22.

Sitio. ¡Hijo de mis entrañas! En otro tiempo aplacaba yo tu sed con el néctar de mis pechos, y tú me echabas tus tiernos bracitos al cuello y me colmabas de caricias. ¡*Sitio*!... Tú fuistes poderoso para convertir á una insinuacion de tu Madre el agua en vino en las bodas de Caná, ¿por qué no conviertes ahora ese vinagre en pura agua que mitigue la sed que te devora? ¿No eres tú por ventura el mismo que entonces efectuastes aquel prodigio? ¿No eres el mismo que multiplicastes los panes y los peces para alimentar la multitud hambrienta en el desierto? ¿Por qué ahora no repites tus prodigios? ¡*Sitio*!... A mí me parece oír al Salvador que con el idioma del corazón y no con palabras contesta á su bendita Madre. No me preguntéis, Madre mia, porque no uso en estos momentos de mi poder, ni aflijais mas mi corazón, harto dolorido con los tormentos que sufro. *Sitio*. Tengo sed, es verdad; mas no es tanta la sed de agua la que me aflige, como la sed que me devora de padecer y sufrir mas por el hombre si necesario fuera. ¡El hombre!... Ved, Madre mia, el objeto de mi amor. ¡Qué seria de él si yo no padeciera de este modo!... ¡Cuál seria la suerte de la humanidad, si yo no me hubiese abrazado con este madero santo!... ¿Se hubiera acaso unido la paz con la justicia sin mis tormentos y mi muerte? ¿Hubiera el hombre vuelto á conseguir la herencia del cielo como la conseguirá con la consumacion de mi sacrificio? Ciertamente que la humanidad se hubiera perdido sin el auxilio del hombre Dios que vino á vencer al fuerte armado y á despojarle de todas las victorias que obtuviera de los infelices mortales.

Hombre altanero, que contaminado con las funestas ideas del siglo, tal vez niegas á Dios la adoracion

que le es debida, y miras con desden y con disgusto el que otros se la den: que engolfado en los placeres y envuelto en el torbellino de los vicios, corres presuroso sin advertirlo por un camino, que aunque parece sembrado de flores, al fin de él viene á darse con la mayor de las calamidades posible, que es la condenacion eterna: párate, detente un momento, advierte los precipicios por donde caminas, conoce tu origen, tu pequeñez, tu miseria, recuerda que por muchos que sean tus bienes, por mas que estés en la primavera de tus años, una indisposicion por pequeña que sea, una caida, la descomposicion de cualquier órgano interesante de tu cuerpo, cualquier otra cosa puede cortar el hilo de tu vida, y entonces.... ¡Ay de tí si no te has aprovechado de los frutos de la pasion y muerte de Jesucristo!... ¡Ay de tí si has mirado á tu Redentor con la indiferencia con que le miraran los hijos del deicida pueblo!... No seas, pues, por mas tiempo ingrato á los muchos beneficios que te ha dispensado el que bajó del cielo á la tierra para sacarte de la esclavitud del demonio.

No llamo vuestra atencion, cristianos, en este momento para que contempleis la agonía que pasara Jesucristo en el Huerto de las Olivas, ni aquel copioso sudor de sangre que le produjo el pensar por un lado en la fuerza de los tormentos de que iba á ser víctima, y por otro nuestra ingratitud tan monstruosa; ni tampoco quiero recordaros la gran injuria de la bofetada que recibiera en casa de uno de los jueces iníquos de su proceso. No: no trato de escitar vuestra compasion y gratitud recordándoos el cómo fué cubierto con las vestiduras de los dementes aquel en cuya hermosa cabeza residia toda la sabiduría del Eterno Padre, ni tampoco

haré memoria de la coronacion de espinas y la caña, haciendo rey de burlas al que es Rey de los reyes y Señor de los que dominan (1). Quiero ó deseo únicamente, que pasando vuestra imaginacion por todo esto, y por la crucifixion, pareis mas detenidamente vuestra consideracion en las palabras de Jesucristo, ¡Sitio! ¡Sed tengo! He sufrido las mayores penalidades por el hombre: he sido víctima de tormentos inesplicables, y sin embargo, como que no está satisfecho mi corazon, *Sitio*: tengo aun sed de padecer mas, de sufrir mayores tormentos, de que se aumenten mis amarguras si es que es necesario para salvar á la humanidad. No os detengais, pues, Eterno Padre, pues que mi voluntad es dejar aplacada vuestra justicia, y que quedando reconciliados los hombres con vos, tengan derecho nuevamente á penetrar en la gloria. *Sitio*: es ardiente, ardentísima la sed que tengo de salvarlos.

¿Y qué, hermanos míos amadísimos, la consideracion de esta misteriosa palabra, no os arrancará una lágrima de gratitud? ¿No enardecerá vuestros corazones? ¿No hará renacer en vosotros el amor á vuestro Dios? *Sitio*. ¿No será suficiente esta tierna manifestacion para que dando de mano á los placeres que os pierden, entreis dentro de vosotros mismos, y por vuestro beneficio propio y por gratitud os pongais practicar con exactitud la ley immaculada de ese Dios hombre que tanta sed tiene de salvaros? No permita el Señor que á tal grado de ingratitud, á tal monstruosidad llegueis ninguno de vosotros. No permita ese amorosísimo Salvador que por olvidar

(1) Rex regum, et Dominus dominantium. I ad Timoth. cap. VI, versículo 15.

tales y tan extraordinarios beneficios, se pierda ninguno de los redimidos. No permita Su Magestad Soberana que demos mas oídos á las sugerencias del demonio que á sus tiernas y caritativas espresiones, ni que demos mas oídos á las voces de la impiedad y de una envenenada filosofía, que á los dulces silbos de este Pastor amabilísimo de nuestras almas.

Sitio, sed tengo: yo creo que cualquiera de vosotros al oír estas espresiones quisierais haber vivido entonces, haber estado en el Calvario, y haber tenido la proporcion de apagar la sed de vuestro Salvador con un jarro de cristalina agua. ¿No es así? ¿No son estos vuestros sentimientos? ¿Si en este momento esa imágen del Crucificado hablase por virtud del que representa y esclamase, sed tengo, no correriais á porfía por ser cada uno el primero que le socorriese? Pues si esto es así, hermanos míos, en tiempo estais y en posibilidad de hacer lo que no podiais efectuar en el Calvario porque no existiais. Aquella esclamacion, aquella manifestacion del Salvador que padecia sed, la está repitiendo continuamente. ¿Por qué nos ha dado una ley santa y suave? ¿Por qué nos ha dejado las fuentes de los Sacramentos? ¿Por qué nos exhorta continuamente por boca de sus ministros? ¿Por qué se nos dá él mismo por alimento de nuestras almas? No por otra cosa que porque tiene sed ardiente de salvarnos; porque si en el Gólgatha tuvo sed corporal y sed de padecer mas por nosotros si necesario hubiese sido, ahora tiene sed de que nos aprovechemos de su pasion y muerte y de que no nos perdamos. ¿Quereis, pues, consolar á Jesucristo? ¿Quereis mitigar la sed que le devora? En vuestra mano está. Haced penitencia: tiene sed de

nuestras lágrimas, derramarlas en abundancia, detestando vuestros pasados estravíos. Sí, porque lágrimas de penitencia, dolor de los pecados, es lo que el Señor exige de nosotros para mitigar su sed de nuestra salvacion. Por último, mis hermanos, Jesus padece hoy, si no en su persona en la de sus pobres, hambre, sed, desnudez y desamparo. Mirad en la persona del pobre la de Jesucristo, y cuando le veais lloroso, enjugad sus lágrimas: cuando le veais hambriento darle de comer: cuando le observeis sediento refrigerarle con un vaso de agua: cuando le veais desnudo, cubrir sus carnes, y con esto habreis practicado la caridad evangélica que tanto nos recomienda el Salvador y que es el fundamento de su divina ley: no seais mezquinos en vuestras limosnas: lleguen hasta el fondo de vuestros corazones los lamentos del pobre que es vuestro hermano, y con esto habreis cumplido vuestra ley, habreis mitigado la sed de vuestro Salvador, habreis satisfecho una necesidad de vuestro corazon y os preparais para lograr los bienes eternos, los premios de la virtud, porque llegará un dia y será el postrero de vuestra vida en que os dirá Jesucristo: Venid, benditos de mi padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo: porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... porque estaba desnudo y me cubristeis, enfermo y me visitásteis, en la cárcel y vinisteis á consolarme (1). ¡Plègue al Señor que la meditacion de esta palabra *Sitio*, nos haga practicar tan buenas obras, para que consigamos tan abundantes premios. ¡Así sea!

(1) Math. cap. XXV, v. 34, 35 y 36.